

La ocupación española del Rosellón en 1815*

Matías Ramisa Verdaguer

IES Antoni Pous i Argila (Manlleu, Barcelona)

RESUMEN: *El presente artículo explica la invasión del departamento francés de los Pirineos Orientales por tropas españolas dirigidas por el general Castaños a finales de agosto de 1815, en el contexto de la derrota de Waterloo y posterior ocupación de Francia por los aliados de la Séptima Coalición. Se completa con la presentación de la situación anterior a Waterloo en la provincia de Cataluña, la preparación de la citada invasión, y las consecuencias de la misma, todo ello enmarcado en la política exterior del gobierno de Fernando VII. Las fuentes utilizadas son los legajos del Archivo Histórico Nacional (Madrid) que se refieren a este episodio, y la bibliografía especializada. El objetivo del trabajo ha sido el de relatar un suceso poco conocido, acaecido poco después del final de la Guerra de la Independencia, para poner de relieve la escasa e indecisa política exterior española de la etapa del Congreso de Viena. La invasión napoleónica había acentuado la crisis interna española y el declive internacional del país. Todo ello se refleja en la ocupación del Rosellón y la rápida retirada ordenada por el general Castaños.*

PALABRAS CLAVE: Cien Días de Napoleón; Congreso de Viena; Fernando VII; general Francisco Javier Castaños; Pirineos Orientales; Cataluña.

Spanish Occupation of Roussillon in 1815

ABSTRACT: *The subject of this article is the invasion of the French Pyrénées-Orientales department by Spanish troops under the orders of General Castaños in late August 1815, shortly after the Waterloo defeat and the occupation of France by the Seventh Coalition allies. The article also presents the situation before the Waterloo battle in the province of Cata-*

* Abreviaturas de Archivos: Archivo Histórico Nacional (AHN).

lonia, the preparation of the previously mentioned invasion and its consequences, all framed in the foreign policy of the Ferdinand VII government. The sources used in this work are the case files of the National Historical Archive (Madrid) that relate to this episode, and specialized literature. The objective of this study was to relate a lesser-known event, occurred shortly after the end of the War of Independence, to highlight the scarce and indecisive Spanish foreign policy during the Congress of Vienna period. The Napoleonic invasion accentuated the Spanish internal crisis and the international decline of the country. This is reflected in the occupation of the Roussillon and rapid withdrawal ordered by General Castaños.

KEY WORDS: **Hundred Days of Napoleon; the Congress of Vienna; Ferdinand VII; General Francisco Javier Castaños; Pyrénées-Orientales; Catalonia.**

LA POSGUERRA EN CATALUÑA

A finales de agosto de 1815 un pequeño ejército español procedente de Cataluña, a las órdenes del general Francisco Javier Castaños, penetraba por varios puntos en el departamento francés de los Pirineos Orientales y procedía a ocuparlo, situando sus destacamentos en los puntos estratégicos del territorio. Una semana más tarde se retiraba ordenadamente hacia el interior de España. Este episodio ha recibido poca atención por parte de los historiadores, pues apenas es citado en las crónicas de la época y en los trabajos posteriores.

La poca relevancia práctica de los acontecimientos, que apenas tuvieron efectos perceptibles fuera del ámbito diplomático, y el hecho de que los Pirineos fueran un escenario completamente secundario en la situación política y militar europea del momento, explican el relativo olvido en el que ha permanecido esta invasión. Hay que tener en cuenta que en aquellos días la mitad norteña y levantina de Francia estaba siendo ocupada por centenares de miles de soldados de la coalición vencedora de Napoleón. Ante esta avalancha, el breve episodio pirenaico pasó bastante desapercibido, excepto para sus protagonistas más directos. Al desconocimiento de la expedición militar de Castaños también contribuyó la actitud posterior de los gobiernos español y francés, que prefirieron *enterrar* el asunto.

Pero la gestación y realización de la entrada de tropas en territorio francés, y mucho más la retirada, ilustran sobre el momento histórico que vivía España y sobre la política exterior titubeante y descoordinada que practicaba en sus primeros tiempos el gobierno del flamante monarca español restaurado. Hacía poco más de un año que Fernando VII había regresado a un país dividido políticamente y arruinado por la guerra, pero que tenía la convicción de

haber contribuido con heroicidad a la derrota final de Napoleón. La invasión de los departamentos de los Pirineos Orientales y de los Pirineos Atlánticos podía ser un medio de hacer visible al país ante los aliados de la coalición europea, y hacer valer el prestigio ganado en la lucha contra Bonaparte.

Al final de la Guerra de la Independencia, España se hallaba en una situación de completa ruina material, especialmente en las regiones donde el conflicto había sido más virulento, como era el caso de Cataluña. La población tenía dificultades para sobrevivir, y el gobierno casi no podía mantener el ejército. La fiscalidad y las destrucciones y saqueos habían golpeado salvajemente a los pueblos. Las finanzas del Estado se hallaban en bancarrota. Los 7.198 millones de reales de deuda interior existente en 1808 se habían incrementado hasta 13.120 millones¹, y no había manera de devolverlos.

Las circunstancias de Cataluña eran muy reveladoras. Se estima que el coste aproximado del ejército español destacado en la provincia durante la guerra había sido de unos 650 millones de reales; de esta cifra, más de la mitad —un 58%— correspondía a déficit; la intendencia no había conseguido su cobro a través de las diversas vías fiscales, y por lo tanto al final de la guerra aún no se había reintegrado la suma a los particulares que habían adelantado los caudales o los productos. La bancarrota de la tesorería del ejército de Cataluña se había producido a fines de 1813, y el capitán general Copons había ordenado «que los Pueblos mantengan de un todo á sus Tropas»².

El ejército había vivido sobre el terreno que pisaba en los últimos años de la guerra, y al parecer seguía haciéndolo todavía en 1815, a tenor de las preocupaciones por su manutención que manifestaban los altos mandos militares. Las unidades se dispersaban a fin de atender mejor a la subsistencia, y el gobierno confiaba en los subsidios británicos para cualquier movimiento de tropas de cierta envergadura.

El 5 de julio de 1814 el capitán general interino de Cataluña Barón de Eroles había prohibido tajantemente la entrada de comerciantes franceses e italianos, pretextando que la situación era la de una mera suspensión de hostili-

¹ FONTANA y GARRABOU, 1986: 102. La última cifra de deuda corresponde a 1820, pero desde 1814 no se habían tomado nuevos empréstitos, por lo que puede considerarse esta cifra como resultante de la guerra.

² RAMISA VERDAGUER, 2008: 288 y 420. La cifra del coste total del ejército debe tomarse con alguna precaución, pues proviene de fuentes fragmentarias y a veces incompletas. Otros autores se han referido recientemente al fuerte impacto demográfico y económico de la Guerra de la Independencia. Durante los primeros quince años del siglo XIX hubo en España un estacamiento demográfico absoluto, con un pérdida de crecimiento potencial de unas ochocientas mil personas; así, la disminución de población habría sido superior a la de la Guerra Civil (véase LA PARRA LÓPEZ, 2010: 313, 327). Cataluña fue una de las regiones con incrementos más altos de mortalidad durante la guerra. Siguiendo otros estudios, Moliner estima las pérdidas humanas de esta provincia en setenta y cinco mil personas, más de un ocho por ciento de la población total (véase MOLINER PRADA, 2007: 206-208).

dades y no de paz definitiva. Pero la escasez agujoneaba. A mediados de septiembre el nuevo capitán general Marqués de Camposagrado había revocado la prohibición, a petición del intendente; argumentaba que la situación de paz se estaba consolidando, que la falta de comercio traía perjuicios, y «por remediar un tanto las necesidades del Ejército». A primeros de octubre el mismo Marqués había autorizado la entrada al puerto de Barcelona «á instancia de Dn Ramon Durand de este Comercio.... un barco con carga de trigo que desde la costa de francia se ha expedido para aqui, haciendo extensiva igual admision á los demás que bajo la seguridad de la Paz que han publicado los periódicos franceses y españoles salgan de los puertos de aquel Reyno para este»³.

El retorno de Napoleón a Francia desde la isla de Elba en marzo de 1815 motivó que el gobierno español ordenara de nuevo una estricta prohibición de cualquier relación con Francia. Pero otra vez se impuso la realidad. El corte produjo en Cataluña una aguda carestía, y el Marqués de Camposagrado pidió a principios de junio permiso restringido de entrada de algunos artículos de alimentación, especialmente de carne: «Escassísima de este artículo de primera necesidad por la falta de hierbas á causa de estar reducidas á cultivo casi todas sus tierras, se ha visto siempre en la precisión de proveerse de él en el territorio francés». El capitán general alertaba que si no se autorizaba la importación de carne —y parcialmente de trigo— se incrementarían mucho los precios en Cataluña, donde había un gran consumo por la presencia del Ejército. Quince días después el rey autorizaba la solicitud⁴, y una semana más tarde consentía lo mismo por la frontera de Navarra y de Guipúzcoa.

Mientras tanto se establecía la colaboración para el intercambio de prisioneros. Los cautivos españoles en Francia acudían a París para ser repatriados. Los socorros para su retorno —que en septiembre de 1814 sumaban ya 67.000 francos— los adelantaba la casa comercial de Guillermo de Roure y Compañía, afincada en París. Un año más tarde Laval-Montmorecy dirigía a Pedro Cevallos «environ deux mille extraits mortuaires de prisonniers de guerre Espagnols décédés en France». El gobierno español también remitía al galo listas de presos franceses en España. Por su parte, el gabinete francés, que habían enviado a España al general De Lorges para encargarse de los prisioneros galos, se quejaba⁵ de la poca asistencia que le prestaban las autoridades españolas y de los malos tratos que recibían los cautivos en su tránsito por las diversas provincias.

³ AHN, Estado, Leg. 5241, cartas de 5 julio, 23 septiembre, 5 octubre 1814.

⁴ AHN, Estado, Leg. 5241, cartas de 7 y 17 junio 1815.

⁵ AHN, Estado, Leg. 5241, cartas de 6 junio, 30 de julio y 5 septiembre 1814, y 1 septiembre 1815.

EL RETORNO DE NAPOLEÓN

La huida de Bonaparte de la isla de Elba y su desembarco en Francia a principios de marzo de 1815 pusieron de nuevo en tensión a Europa. Las potencias aliadas firmaron la Séptima Coalición y se prepararon para la guerra, declarando a Napoleón «ennemi et perturbateur du repos du monde». Durante todo el mes de marzo, las noticias que llegaban al gobierno español eran inciertas y en general presuponían el triunfo de Luis XVIII sobre el corso, aunque éste había entrado en París el día 20.

En efecto, el 12 de marzo se conocía el bando del prefecto de los Pirineos Orientales conde L. du Hamel que aseguraba que la repentina presencia de Napoleón había suscitado en el pueblo un «élan unanime d'indignation». Pocos días después se informaba que el duque de Angulema marchaba hacia Lyon para reunirse con el duque de Berry y los mariscales Ney y MacDonald, a fin de poner coto a las maquinaciones de Bonaparte. Todavía el 29 de marzo el marqués de Camposagrado insistía al ministro español de la Guerra que «el espíritu público parece está decidido a favor de S.M. Cristianísima», y que el intruso había sido derrotado a tenor de las declaraciones del capitán de un barco sueco llegado a Barcelona desde Marsella⁶. Pero no las tenía todas consigo: el capitán general añadía que por ningún periódico francés ni por noticias particulares había visto confirmada la captura de Bonaparte.

Pero desde principios de abril las cosas estaban claras para las autoridades españolas. Napoleón se había adueñado completamente de Francia. El gobierno de Fernando VII ordenó cortar cualquier comunicación y comercio con el país vecino, pero su actitud era prudente y temerosa. El 12 de abril Camposagrado recibió una instrucción en el sentido de que «no habiéndose declarado todavía la Guerra a Bonaparte deben evitarse por ahora los actos de hostilidad pero no los de precaución y defensa»⁷. A este estado de ánimo contribuyó sin duda la presencia en aquellos días del mariscal Suchet —que pocos años antes había sometido las provincias de Aragón, Valencia y Cataluña— en Perpiñán.

El compromiso del gobierno español con las potencias de la coalición antinapoleónica era tibio e impreciso en aquellos momentos. Se limitó a un cie-

⁶ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas y doc. de 12, 13, 18 y 29 de marzo de 1815. También el gobernador del Valle de Arán avalaba la derrota de Napoleón. El gobernador de Gerona envió un agente a Perpiñán para que informase de la situación, mientras el propio capitán general de Cataluña recorría los puntos estratégicos de la frontera.

⁷ AHN, Estado, Leg. 5241, carta de 19 abril 1815; Leg. 5242, carta de Camposagrado de 19 abril 1815; el capitán general informaba al gobierno que de momento aún no había cortado las relaciones con Francia, preocupado porque las «autoridades intrusas» no lo interpretasen como un acto de hostilidad.

rre temporal de la frontera, pero evitó cualquier acto claramente inamistoso con el emperador. Las informaciones provenientes de Francia indicaban que los pueblos del Rosellón empezaban a disgustarse por las requisiciones y la conscripción rigurosa ordenadas por Napoleón, «de modo que parece desearían dichos pueblos verse sostenidos para dejar de cumplir tales disposiciones»⁸. Se aseguraba que cruzarían la frontera muchos jóvenes huyendo del reclutamiento, que se alistarían gustosos al ejército español si en él se hallara el Duque de Angulema.

Se hacían obras de fortificación en Perpiñán, pero no había apenas tropas francesas de línea en la región. Las pocas que quedaban habían recibido orden de trasladarse al Norte, donde existía peligro real. Los pueblos de la Cerdeña francesa fueron obligados a proveer la fortaleza de Mont-Louis. Las únicas fuerzas que guarnecían el departamento de los Pirineos Orientales eran algunos escasos contingentes de guardias nacionales poco motivados. A principios de mayo de 1815 llegó a Figueras un oficial realista francés, Luis Walles, quien informó que la juventud del Rosellón estaría dispuesta a tomar las armas a favor del rey Luis XVIII «luego que se dé calor á esta empresa»⁹.

Es decir, se estaba incitando al gobierno español a declarar una intervención armada en el sur de Francia —donde apenas encontraría oposición militar— a favor del rey cristianísimo. El 18 de abril el mismo duque de Angulema, principal colaborador de Luis XVIII, se había presentado por sorpresa en Barcelona, provocando la incomodidad del capitán general marqués de Camposagrado, que se había visto obligado a alojarlo en su palacio. Angulema pedía asilo en España para los partidarios franceses de los Borbones, y pretendía dirigirse a la frontera para animar a la revuelta del Midi contra Bonaparte¹⁰. Nada más lejos de los propósitos del gabinete de Fernando VII, del todo contrario a comenzar una nueva guerra contra Napoleón.

En efecto, el gobierno español no tenía medios ni moral para sostener un conflicto militar. El país estaba exhausto, la hacienda seguía en bancarrota y planeaba el mal recuerdo de la reciente invasión francesa. Apenas se podía mover el ejército de sitio. Todo esto lo conocían bien las autoridades galas, que se permitían tener casi desguarnecida la frontera meridional. En su visita

⁸ AHN, Estado, Leg. 5242/1, carta de 26 abril 1815.

⁹ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de 29 abril y 3 mayo 1815.

¹⁰ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de 19 abril y 3 mayo 1815. El Duque de Angulema era un personaje de primer orden dentro de la dinastía borbónica. La fidelidad que mantenía hacia su tío Luis XVIII era ilimitada, aunque los *ultras* seguidores de su padre el conde de Artois lo calificaron de liberal. Su papel empezó a ser importante cuando fue enviado al sudoeste en 1814 ante Wellington. Burdeos se convirtió en un feudo suyo, y aquí fue donde le sorprendió un año después el regreso de Napoleón. Sus biógrafos le admiten las cualidades de «bienveillance, honnêteté, sens de la mesure, loyauté», y también resolución y coraje, tal como demostró enfrentándose con las armas a los partidarios de Bonaparte (TULARD, 1989: 98-99).

a Perpiñán de 25 de abril, el mariscal Suchet recibió pronto la orden de regresar al norte¹¹, «habiendo antes revistado la Guardia Nacional y arengado al Tribunal de Comercio manifestándole que por parte de España nada había que temer porque no estábamos en estado de poderles hacer la Guerra».

Así era. De momento, el marqués de Camposagrado contentó al duque de Angulema señalando La Junquera como sitio de reunión «de los pocos franceses aptos para tomar las armas que considero pueden presentarse huyendo de la requisición», pero pronto recibió de Madrid órdenes tajantes: no se podía conceder asilo en España a los partidarios de los Borbones ni menos formar con ellos un cuerpo militar a las órdenes de Angulema. La explicación oficial era que entre ellos se podían infiltrar espías y saboteadores bonapartistas. «Por lo tanto es la voluntad del Rey N.S. que por ningún término se conceda semejante asilo á los franceses...»¹². El gobierno español añadía que, en todo caso, los realistas podían dirigirse al norte y formar un cuerpo de ejército junto a los aliados.

A mediados de mayo de 1815, Camposagrado cumplió la orden de cortar toda comunicación con Francia, mientras seguía transmitiendo noticias a Madrid. El gobierno del emperador reformaba la administración civil y constituía compañías francas, pero no enviaba a los Pirineos tropas de línea ni organizaba aquí todavía la Guardia Nacional. El general Darricau comandaba en Perpiñán y obligaba a lucir la escarapela tricolor. Según informaciones, los cargos civiles más importantes en el departamento habían recaído en un tal Lacasague —«que parece fue uno de los que firmaron la sentencia de muerte de Luis 16»— y en un tal Boneville —«que ofició Zapatero»—. Algunos rumores aseguraban que «el infame Español Pujol alias Boquica» estaba formando en Montauban compañías armadas «compuestas de españoles de su mismo jaez»¹³, lo cual acabó siendo falso.

El general Maurice Mathieu, conocido en Cataluña como eficaz gobernador bonapartista de Barcelona, dirigía las tropas del Ariège y había hecho avanzar un regimiento de cazadores a caballo ante el rumor de la posible penetración de 12.000 españoles por Puigcerdá. Se había incrementado la guarnición de Mont-Louis hasta 470 hombres, pero en general fracasaba el reclutamiento, y el espíritu público de la región fronteriza «continúa, en general, a favor del Rey». Se decía que la gente llevaba escondida la «cocarde» blanca. Los guardias nacionales reunidos en Perpiñán no alcanzaban los 700, y los

¹¹ AHN, Estado, Leg. 5242/1, carta de Camposagrado de 29 de abril de 1815. El historiador Charles Esdaile corrobora el «miserable estado del ejército español» al acabar la Guerra de la Independencia, combinado con un fuerte descontento de los militares (ESDAILE, 2004: 540-541).

¹² AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de 3 y 10 mayo 1815.

¹³ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de 16 y 20 mayo 1815.

soldados reclutados para el ejército regular no pasaban de cien. En el pueblo de Sant Llorenç de Cerdans se había rechazado la conscripción y desarbolado el pabellón tricolor al grito de «Viva el Rey y Vivan los Borbones»¹⁴, reclamando la presencia del ejército español para su protección.

La percepción de los agentes españoles sobre el espíritu público de la región de los Pirineos Orientales —y en general del Midi— era correcta. Entre la población predominaban los realistas, y la conscripción napoleónica se percibía como particularmente opresiva. Algunos de los pocos combates reales de resistencia librados contra las tropas bonapartistas habían sido dirigidos por el duque de Angulema en el bajo valle del Ródano, y dicho príncipe tenía en Burdeos un feudo de partidarios¹⁵. Por otra parte, el reclutamiento militar siempre fue difícil en estas regiones.

El deseo contemporizador del gobierno de Fernando VII con el renacido gabinete imperial francés, la nula disposición a provocar cualquier conflicto por acción o por omisión, se observa incluso en las frías relaciones que estableció con el duque de Angulema (Luis Antonio de Francia), refugiado en Barcelona. El duque era sobrino y principal colaborador de Luis XVIII, y primo de Fernando. A pesar de ello su presencia en España provocó molestias entre las autoridades, que se negaron a favorecer a sus partidarios realistas. El duque se presentó de repente y con prisas en Barcelona¹⁶, donde el capitán general marqués de Camposagrado se vió obligado a alojarlo en su propio palacio. Lo acompañaba un séquito numeroso, en el que se hallaban ocho personalidades de su casa. Camposagrado empezó a preocuparse por la abultada factura de la manutención y alojamiento de la comitiva.

A mediados de mayo de 1815, a un mes de su arribo a Barcelona, el duque de Angulema viajó a Madrid para contactar con el rey. Entretanto, Camposa-

¹⁴ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de 27 y 31 mayo 1815. Camposagrado rehusó conceder ayuda militar al pueblo fronterizo para no contrariar las intenciones del gobierno español. En la Cerdeña francesa y en el Rosellón, el espíritu público había sido tradicionalmente refractario al gobierno francés. En la invasión española de este departamento realizada por el general Ricardos en 1793, la población había colaborado masivamente con los españoles a nivel militar, político y económico. Al final de la etapa napoleónica las simpatías realistas de los habitantes de esta región eran evidentes. Cuando el Duque de Angulema pisó por primera vez territorio francés en 1814 lo hizo por la frontera de Puigcerdá, y fue recibido entusiásticamente en el pueblito de Les Guinguetes, al cual el Duque le cambió el nombre por el de Bourg-Madame, en honor a su esposa (véase BRUNET, 1990: 177 y ss., 232).

¹⁵ LAMARTINE, 1854, III : 143 y ss. QUENTIN CHAZAUD, 2007: 21-23.

¹⁶ Los duques de Angulema habían sido sorprendidos en Burdeos a primeros de marzo de 1815 por la noticia del retorno de Napoleón. Burdeos, perjudicada por el bloqueo continental, era plenamente adicta a Luis XVIII, pero como en todas partes, la guarnición dirigida por el general Decaen se unió al emperador. El duque de Angulema resistió con valor en el valle del Ródano con doce mil hombres, pero finalmente fue hecho prisionero por el general bonapartista Grouchy y embarcado en Sète hacia España.

grado recibía instrucciones de no pagar más los gastos de la estancia del príncipe francés. Cevallos escribía al capitán general de Cataluña que el duque tenía mucho empeño en que sus partidarios se concentraran en España¹⁷, «por ignorar sin duda la disposición de los ánimos del pueblo Español después de la guerra desoladora que les han hecho sufrir los Franceses baxo el mando de Bonaparte». Pero el duque de Angulema se desentendió de todas las insinuaciones sobre el coste de su manutención y las llamadas a sus adictos, hasta el punto que Cevallos, el 22 de junio, aconsejó a Camposagrado que fuera él quien abandonara el palacio y lo dejara enteramente para el duque, como forma de evitar dispendios insoportables.

Mientras tanto, se estaba organizando un pequeño cuerpo expedicionario con cuartel general en Gerona, puesto a las órdenes del general Francisco Javier Castaños¹⁸. En teoría, España debía aportar 11.800 hombres a la Séptima Coalición. Pero el gabinete español no tenía prisa y prefería observar el desarrollo de los acontecimientos. Las noticias del sur de Francia indicaban que continuaban con escaso éxito los esfuerzos del gobierno napoleónico para obligar a la conscripción, aunque las guarniciones de las fortalezas de los Pirineos Orientales iban incrementando su dotación poco a poco. Las requisiciones estaban a la orden del día. A finales de junio se evaluaba en ocho mil hombres la fuerza armada del departamento fronterizo, si bien la mayor parte eran «Guardias Nacionales, incompletos en armamento y dispuestos á la desertión pues que ya empieza á verificarse»¹⁹. La artillería seguía desfilando hacia Lyon.

¹⁷ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de 19 abril y 24 mayo 1815. Hasta mediados de mayo, el coste del alojamiento y la manutención del duque y su séquito fue de 38.000 reales. Cevallos indicó a Camposagrado que le hiciera entender al duque, «con delicadeza y con decoro», que en adelante debía sufragar él mismo sus gastos. El ministro español también sugirió al capitán general de Cataluña que resaltara al duque los incidentes ocurridos en Vitoria con refugiados franceses.

¹⁸ Francisco Javier Castaños mandó imprimir en un libro las instrucciones y la organización de su cuerpo de ejército, lo cual avala su profesionalidad: Castaños, F.J. *Instrucción provisional para el servicio del Estado Mayor General y Divisionario en el Ejército de los Pirineos Orientales, fundada en lo que previene S.M. en sus reales ordenanzas...*, Barcelona, Imp. Antonio Brusi, 1815. Charles Esdaile corrobora el espíritu activo, la sensatez, la ilustración y la profesionalidad de Castaños: quiso actuar contra los napoleónicos ya en los días posteriores al 2 de mayo, se opuso al intento de golpe de estado del general Cuesta y del Duque del Infantado, y fue presidente de la primera Regencia: «sus miembros se caracterizaban no tanto por el reaccionarismo aristocrático como por la ilustración carolina, y su primer presidente fue el prudente y responsable Francisco Javier Castaños» (ESDAILE, 2004: 79, 153-154 y 263).

¹⁹ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de Camposagrado de 13, 14, 17 y 21 junio 1815. El capitán general de Cataluña aseguraba que había evitado a toda costa la reunión de partidarios realistas en su provincia, aunque Angulema esperaba para armarlos cinco mil fusiles ingleses. Tal como explica Josep Fontana, el retorno de Bonaparte desencadenó una crisis en el gobierno de Fernando VII, que desde 1814 había reposado en una «lánguida somnolencia»; ahora había que organizar un ejército y acercarlo a la frontera. El rey destituyó a su ministro de la guerra y creó el Consejo de Estado (FONTANA, 1971: 84 y ss)

En estas mismas fechas se produjo una discreta entrevista entre el general Castaños y el duque de Angulema²⁰. Todavía no se conocía la derrota de Napoleón en el norte, ocurrida un par de días antes, y Angulema quería participar en la intervención militar española en Francia, que creía próxima. Las circunstancias dictaban que su tono fuera humilde, y el del general español, dominante. El duque pidió poder acompañar a Castaños en la expedición al Rosellón, y que al entrar en territorio francés pudiera tener consideración política. El general le contestó con evasivas y «le manifesté francamente lo antipolítico e inconseguible de su proyecto para formar un Ejército en este Principado», aunque se ofreció a entregarle los fusiles británicos para armar a sus partidarios dentro del Rosellón.

En el encuentro se puso de nuevo en evidencia la negativa del gobierno español a enfrentarse a Bonaparte, y las reticencias que mostraba hacia la causa de los Borbones franceses. Al pedir Angulema a Castaños las instrucciones que había recibido, «díjeme que solo se reducían a organizar el Ejército, defender la frontera, y aguardar á que SM reciba el plan combinado de operaciones con los Aliados, no debiendo ninguno de los Ejércitos obrar aisladamente...». El general confesaba que «con mucho dolor he visto que quiere acompañarme á la frontera...», a pesar de sus esfuerzos por disuadirlo. El ministro Cevallos acababa ordenando a Castaños: «Que a este Señor muchas cortesías y obsequios pero ningún conocimiento de las operaciones, ni menos influencia en ellas».

A fines de junio el duque de Angulema se ofreció a pagar los gastos de su estancia en Barcelona, pero Camposagrado rehusó «porque hubiera sido abrir camino á alargar su estancia; y así procuré convencerle de la mayor utilidad que le tendría de estar entre el Cuartel General del Ejército y esta plaza», en algún pueblo de la costa catalana²¹. Para la tranquilidad del capitán general, por fin Angulema se decidió a salir de la ciudad para dirigirse a Puigcerdà. Y es que los acontecimientos se precipitaban. Además de la organización de un ejército español con base en Gerona —destinado a una posible intervención en Francia—, el día 18 de junio Napoleón había sido vencido en Waterloo, y el rey Luis se disponía a regresar a París.

EL PROYECTO DE INVASIÓN DE FRANCIA

Todo cambió radicalmente desde que se tuvo noticia de la derrota napoleónica de Waterloo y se pudieron evaluar sus efectos, en los últimos días de junio y primeros de julio de 1815. Durante las jornadas siguientes a la batalla,

²⁰ AHN, Estado, Leg. 5242/1, carta de Castaños de 21 junio 1815.

²¹ AHN, Estado, Leg. 5242/1, carta de Camposagrado de 28 junio 1815.

cincuenta mil hombres comandados por Grouchy y Morand evacuaron Bélgica y se fueron retirando hacia París; el ejército francés todavía era respetable, y Suchet aún venció a los austríacos en el valle del Isère. Pero se imponía la abdicación del emperador. Luis XVIII dejó su refugio en Gante y se fue acercando a la capital francesa, a la espera que los ejércitos aliados la ocuparan y aseguraran el orden.

El 3 de julio se firmó la convención de Saint-Cloud, por la que se estipulaba la retirada del ejército francés al sur del Loira, la entrada del ejército prusiano en París, y el regreso del rey, que llegó a la capital el día 8. El 16 de julio, una ordenanza de Luis XVIII licenciaba el ejército del Loira y las demás unidades de las tropas imperiales. Mientras tanto, los soldados de la coalición aliada se desparramaban por las regiones del norte y del este de Francia: a finales de julio, 61 departamentos eran ocupados por más de un millón de militares extranjeros. El país no poseía medios de defensa, y el orden era ejercido por milicias realistas. En el Midi, donde no había presencia de tropas aliadas, la situación era casi de guerra civil entre las diversas facciones políticas²², en un ambiente de contrarrevolución y de «terror blanco».

De repente, el gobierno español tuvo prisa por intervenir en Francia y situar sus tropas al lado de las demás de la coalición²³. Por el contrario, el duque de Angulema pasó en pocos días de desear la entrada del ejército hispano en territorio galo, a creer que tal acción era innecesaria, y finalmente a oponerse rotundamente a ella. Además, la posición y el tono de Angulema ante Castaños y el gobierno de Fernando VII se fueron fortaleciendo y endureciendo.

Los primeros días de julio de 1815, el gobierno español decidió la intervención armada en el sur de Francia, y un Consejo de Estado celebrado el 11 la aprobó. Los británicos se ofrecieron a costear dicha expedición. La noticia llegó deprisa a Angulema, que se hallaba en Puigcerdá. El día 15 el duque envió una nota al príncipe Leval «á efecto de obtener que el Ejército Español sea puesto á mi disposición si continua siendo necesario». En una postdata

²² QUENTIN CHAZAUD, 2007: 20-21. LAMARTINE, 1854: 227 y ss.

²³ Según explica el Marqués de Villa-Urrutia, después del retorno de Napoleón a Francia, el plenipotenciario español en Viena Pedro Gómez Labrador pidió a Wellington su opinión sobre la colaboración que podía ofrecer España. El diplomático británico le contestó que podía enviar 80.000 hombres por el lado del Bidasoa y por Cataluña. Pero recomendaba no entrar en Francia si no era estrictamente necesario, y en caso de hacerlo debía realizarse con orden y disciplina, con el aprovisionamiento aportado por la intendencia, para no soliviantar al país ocupado, y a ser posible sin el séquito de mujeres que tradicionalmente seguía al ejército español, entre esposas de oficiales y prostitutas. Nadie en Europa confiaba en que España pudiera contribuir a la guerra contra Bonaparte, tal era la mala opinión de las potencias sobre la desorganización, tendencia a la disputa e indolencia del país (RAMÍREZ DE VILLAURRUTIA, 1928: 168 y ss.).

añadía²⁴: «Las noticias que acabo de recibir me dan la casi certeza de que la entrada del Ejército Español en Francia ha llegado á ser inútil».

Tres días más tarde, todavía desde Puigcerdá, Angulema insistía a Castaños que todo había cambiado desde la entrada de Luis XVIII en París: «os pido en su nombre como su representante en el mediodía... Que no entréis en Francia sino á petición mia, y que tengais vuestras tropas en disposición de entrar en 24 horas»; que el general español le cediera tres mil hombres para sostenerlo si era necesario en su marcha hacia Toulouse, y que, si a pesar de la petición del duque, Castaños creía que debía entrar en Francia a tenor de las órdenes que había recibido del gobierno español, que se limitara a bloquear las plazas de los Pirineos Orientales y se combinara con los realistas del Hérault para sostener el movimiento de Angulema sobre Toulouse. El 20 de julio el duque partió hacia Toulouse²⁵ después de saber que la ciudad se había sometido a la autoridad del rey, junto con el departamento del Ariège.

Los acontecimientos se aceleraban. El día 19 Castaños había escrito a Angulema que había recibido del gobierno español la orden de entrar en Francia para restablecer el trono de Luis XVIII y conservar la tranquilidad, especialmente en el Rosellón, donde parecía haber alteraciones. Exponía al duque la poca confianza que cabía tener en las tropas del ejército francés, que tan fácilmente habían seguido a Napoleón, por más que ahora parecieran leales al rey. Dos días más tarde el general español informaba a Angulema que ya tenía a la disposición de éste los tres mil hombres que había pedido, y que lo tenía todo preparado para entrar en Francia. Atendiendo a los deseos del duque, bloquearía las plazas refractarias al rey y llegaría hasta las montañas que separan el departamento de los Pirineos Orientales del del Aude, contactando desde allí por la izquierda con Angulema y por la derecha con los realistas del Hérault. Todo se haría observando la más rígida disciplina militar y respeto por la población local. También comunicaba al duque que había ordenado un primer movimiento sobre la fortaleza francesa de Bellegarde²⁶, cercana a La Junquera, donde todavía ondeaba la bandera tricolor.

Esta acción preliminar sobre Bellegarde resultaría premonitoria de la actuación futura de las autoridades realistas francesas, y de las españolas. Castaños la había confiado al joven e impulsivo Barón de Eroles, que desde Figueras y con un regimiento de caballería debía presentarse ante la plaza e intimar al gobernador francés a que cambiara la bandera tricolor por la blanca —que ondeaba ya en Perpiñán— si aún no lo había hecho. En caso de encon-

²⁴ AHN, Estado, Leg. 5242/1, carta del duque de Angulema de 15 julio 1815.

²⁵ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas del duque de Angulema de 18 y 19 julio 1815. La correspondencia entre el duque de Angulema y el general Castaños se transmitía a través del coronel Simon Wall.

²⁶ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas del general Castaños de 19 y 21 julio 1815.

trar resistencia, debía bloquear la fortaleza, y en todo momento debía hacer observar una estricta disciplina, «sin causar el menor daño en el territorio francés que ocupen las tropas». Le acompañaría el vizconde d'Escars, ayudante de Angulema.

Pero en una nota reservada, Castaños indicaba al Barón de Eroles que de todos modos procurara introducir las tropas españolas dentro de la plaza de Bellegarde, forzando el acuerdo del vizconde d'Escars. «A este fin puede VE manifestarle las poderosas razones que aconsejan esta medida, fundado en lo importante de la situación de dicha Plaza, baxo todos los supuestos, y en la poca confianza que inspiran y deben inspirar por ahora las tropas francesas que tan fácilmente pasaron á servir á Napoleón, como aora al Rey». Eroles se «trabajó» todo lo que pudo a d'Escars, y se dispuso a partir con él y las tropas al anochecer del 21 de julio²⁷: «He logrado persuadir al Vizconde aunque no sin trabajo ni artificio que en caso de convenir el Gobernador á evacuar el Castillo, entren a guarnecerlo tropas españolas sujetas á un Gobernador de su confianza; bien que me ha puesto la condición de que el Depósito de Realistas que serán unos cien hombres haga también parte de la guarnición».

La expedición a Bellegarde resultó frustrada. A las diez de la mañana del día siguiente, 22 de julio, Eroles la relató a Castaños en su informe²⁸. La marcha nocturna había llegado a La Junquera sin novedad, pero a la una de la noche había aparecido un sargento de gendarmería que entregó a d'Escars un pliego del general Robert, prefecto de Perpiñán. En él, Robert se sometía a la autoridad del Duque de Angulema y lo reconocía como comandante general de los Pirineos Orientales; además, se notificó que Bellegarde había puesto la bandera blanca. D'Escars le dijo entonces a Eroles que no era ya necesario seguir adelante, pues todos los departamentos reconocían al rey Luís; pero el militar español no desistió de su objetivo de introducir sus tropas en la plaza: debía cumplir las órdenes que llevaba, y asegurar el camino real por si más tarde era necesaria la ayuda del ejército.

Nada de esto convenció al vizconde francés, «de modo que me ha sido preciso canviar de lenguaje y decirle, que supuesto que me faltava a la palabra dada ayer y de que VE estaba ya enterado, no podía cumplir de otro modo mi cometido que bloqueando el fuerte y usando contra él del poder de las armas». La amenaza surtió efecto, y d'Escars consintió que Eroles y una pequeña escolta lo acompañaran a Bellegarde para negociar. D'Escars entró y conversó largamente con el gobernador de la fortaleza. Al salir, le comunicó a Eroles que el gobernador aún no había recibido la orden de reconocer a d'Escars como comandante general, y que entretanto debía conservar intacta la posición.

²⁷ AHN, Estado, Leg. 5242/1, cartas de Castaños y del Barón de Eroles de 20 y 21 julio 1815.

²⁸ AHN, Estado, Leg. 5242/1, informe del Barón de Eroles de 22 julio 1815.

Siguió un enconado debate entre los dos hombres, hasta que llegaron a un compromiso: el vizconde viajaría a Perpiñán para hacerse aceptar por el general Robert, y luego procuraría conseguir el cambio de guarnición de Bellegarde. «Yo lo supongo una nueva excusa; pues es bien visto que no quieren que pisemos de ningún modo el territorio francés», manifestó Eroles a Castaños. El enérgico barón se desahogó con d'Escars diciéndole que era probable que Castaños hubiera recibido la orden de entrar en Francia en un movimiento combinado con los aliados, «y que en este caso estaba seguro que V.E. (Castaños) lo ejecutaría allanando las contradicciones con las bayonetas». Pero el mismo día 22 Castaños ordenó a Eroles que regresara a Figueras²⁹ y se quedara allí hasta nueva orden.

Tal como había intuido Eroles, los dirigentes realistas franceses ya no deseaban de ninguna manera la entrada de las tropas españolas. Para que quedara claro, en los mismos días de la acción de Bellegarde el barón de Damas, lugarteniente general y jefe de estado mayor del duque de Angulema, se lo había comunicado desde Toulouse a Castaños: «L'intention de son Altesse Royale est que vous arretiez tous mouvements de votre armée qui seroient dirigés vers la France». Pero el general español seguía intentando cumplir las órdenes de intervención llegadas de Madrid. Contestó al barón de Damas que situaría su ejército donde le parecería conveniente, y el 23 de julio comentó al secretario de Estado³⁰: «Muy sensible me será que S.A. no consienta como lo temo la entrada de las tropas en Francia... mi intención es convencerle que permita dicha entrada con objeto de asegurar y consolidar el partido realista, ya que no sea necesaria para reducir á la obediencia á ningún Pueblo nada me ha quedado que hacer á pesar de la absoluta escasez de todo para estar pronto á entrar quando conviniese, y veo con sentimiento que acudiendo tarde no podemos destruir la opinión poco favorable que han formado de nosotros el Sr. Duque de Angulema y los Generales que le rodean, á quienes ha oído murmurar el Coronel Wall».

El 29 de julio el gobierno de Fernando VII remitió las instrucciones sobre la entrada del ejército español a su negociador en París Miguel de Alava³¹. Reiteraban los compromisos de España con los aliados, el desorden y los peligros que todavía subsistían en Francia para el completo asentamiento del trono de Luis XVIII, y la orden de intervención dada al ejército el 12 de julio.

²⁹ AHN, Estado, Leg. 5242/1, carta de Castaños de 22 julio 1815.

³⁰ AHN, Estado, Leg. 5242/2, cartas de 22, 23 y 25 de julio de 1815. En su respuesta al Barón de Damas, Castaños usaba el tono de queja que también utilizaba el gobierno español en los ámbitos diplomáticos. Se congratulaba de la victoria de prusianos e ingleses sobre Napoleón, «sin dejar ocasiones de gloria á los demás Ejércitos que como los Españoles debían tener parte en esta lucha».

³¹ AHN, Estado, Leg. 5242/2, instrucciones de 29 julio 1815.

Pero subsistían las dudas, las quejas y las vacilaciones. Después de la devastadora guerra terminada en 1814, el país no estaba en condiciones militares, los subsidios ingleses —tan generosamente otorgados a otros aliados— no se habían obtenido hasta el pasado 7 de julio y en cantidad ínfima, los aliados habían convenido una suspensión de hostilidades con el gobierno provisional francés, el duque de Angulema se oponía, y los aliados no tenían en cuenta a España, «pues á pesar de que estos ni avisaron al Rey quales eran sus planes de guerra, como ofrecieron en Viena, ni menos la celebración del armisticio».

Consciente de su relativo aislamiento y de su debilidad, el gobierno español deseaba realizar un simulacro de consulta a los aliados antes de que las tropas traspasaran la frontera. Así, en las instrucciones se indicaba que se expediría un correo urgente a París para obtener el consentimiento del rey Luis y de los aliados, pero que si en el ínterin se observaban conmociones en territorio galo, o el correo era detenido en su trayecto, «se deberá considerar la Francia en estado de combulsión, y por el mismo hecho nuestro ejército en el caso de entrar en su territorio». Pero quizás ya era demasiado tarde.

Por fin, el día 8 de agosto de 1815 el Consejo de Estado, a la vista de la situación interior del país vecino, ordenó que «entren las Tropas de S.M. en aquel Reyno, tomen las Plazas fronterizas en nombre de S.M. Cristianísima y procuren mantener su quietud y tranquilidad». El pretexto era la desconfianza hacia los restos del ejército del Loira, y los disturbios del Rosellón. Ocho días más tarde Castaños envió una misiva al general austríaco Bianchi —que avanzaba por el este de Francia— para concertar con él la operación militar³²: «J'ai l'honneur d'annoncer á V.E. que d'après les ordres de S.M.C. mon auguste maître j'entre en France á la tête de l'armée des Pirinées Orientales pour contribuer avec les troupes alliées, ainsi que les bons Français, au maintien de l'ordre et de la tranquillité publique, encore menacée par les débris de l'armée dite de la Loire, et par les malveillants, dont le nombre n'est que trop considerable...».

Cinco días después Bianchi contestó a Castaños ofreciendo su colaboración³³. Decía que su intención era bajar mucho más al sur, pero que a la vista de la entrada de las tropas españolas, llegaría tan solo hasta el canal del Midi. Ofrecía Béziers como punto de correspondencia «et il me sera extrêmement honorable, si les circonstances en amènent l'occasion, d'entrer en liasions de service avec un Général aussi distingué et d'un mérite si connu de toute l'Europe».

La noticia de la inminente entrada de las tropas españolas en Francia se había difundido con rapidez. El 18 de agosto el mismo rey Luis XVIII dirigió

³² AHN, Estado, Leg. 5242/2, acuerdo del Consejo de Estado de 8 agosto 1815; Leg. 5243, carta de Castaños a Bianchi de 16 agosto 1815. El general español enviaba al brigadier Dirnel para servir de enlace.

³³ AHN, Estado, Leg. 5243, carta de 21 agosto 1815.

una carta personal a su «frère et cousin» Fernando VII lamentando el proyecto de invasión. Simulaba creer que una tal orden no podía haber emanado del monarca español, ya que tenía su «Parole Royale», y que en todo caso Fernando debía ordenar la retirada; en el sur de Francia, añadía Luis, solo había población fiel a su trono. En cambio, dos días más tarde el embajador británico remitía una nota al gobierno español ofreciendo subsidios pecuniarios a las tropas que penetraran en Francia³⁴.

Mientras tanto, el agente español Mariano Montalbo transmitía informaciones desde Burdeos a Pedro Cevallos sobre la situación del Midi galo. Pintaba un cuadro de agitación política entre el pueblo y los partidarios de Bonaparte. En Burdeos, «todos los días hai provocaciones, y desafíos en los Teatros y parages públicos». Se decía que en Toulouse la población había asesinado al general Ramel, y existían disturbios también en Lyon y Nimes. El agente alertaba que las conmociones podían tener funestos resultados «sin fuerza extranjera que las reprima». Informaba que el rey Luis había pactado con los aliados la permanencia de las tropas de éstos en Francia por un período de unos cuatro años más. La llegada de los duques de Angulema a Burdeos había provocado entusiasmo en la ciudad y mejorado el espíritu público de la región³⁵: «No es posible pintar el entusiasmo de este pueblo por estos Príncipes».

Fue precisamente Angulema, ya algo afianzado en su posición política, el que se opuso en términos más enérgicos a la proyectada invasión española³⁶. Desde Burdeos, ordenó a su ayudante de campo mariscal vizconde d'Escars que se presentara ante Castaños para pedirle formalmente que renunciara al proyecto. En caso contrario, «je me mettrai á la tête de tout ce que je pourrai rassembler de français pour défendre les Etats du Roi mon oncle. J'espère que vous ne me mettez pas dans le cas d'avoir à combattre contre les troupes d'un Prince à qui je suis si attaché de toutes manières».

³⁴ AHN, Estado, Leg. 5242/2, cartas de 18 y 20 de agosto de 1815.

³⁵ AHN, Estado, Leg. 5242/2, cartas de 19 y 23 de agosto de 1815. El general Ramel fue asesinado por los partidarios ultraderechistas del conde de Artois. Burdeos sustituyó la bandera tricolor por la blanca el 22 de julio de 1815. Las masacres de la contrarrevolución de 1815 tuvieron lugar en el mismo ambiente «festivo» que las matanzas revolucionarias de 1792, con cantos, bebida y cortejos de mujeres. Los «blancos» de entonces provenían de las mismas categorías sociales que los «jacobinos». El duque de Angulema debió desplazarse de Toulouse a Nimes para poner coto a los asesinatos el 17 de agosto. Véase QUENTIN CHAZAUD, 2007: 21, y LAMARTINE, 275 y ss. El libro de Lamartine explica con mucho detalle los juicios y asesinatos de militares o simpatizantes bonapartistas de Burdeos, Nimes, Marsella, Avignon y Toulouse.

³⁶ AHN, Estado, Leg. 5242/2, carta de 23 agosto 1815.

LA OCUPACIÓN ESPAÑOLA DEL DEPARTAMENTO DE LOS PIRINEOS ORIENTALES

En realidad, el general Castaños no esperaba a primeros de agosto de 1815 que sus tropas debieran pasar la frontera. Napoleón había sido derrotado y los soldados aliados sujetaban Francia. Su ejército se había ido organizando desde hacía un mes, pero aún se hallaba disperso. El cuartel general se encontraba en Gerona, y las unidades en Torroella de Montgrí, Figueras, Olot, Puigcerdá y Esterrí. La caballería estaba en Castelló d'Empúries y en Vic, la artillería en Barcelona sin ninguna pieza montada. El general planeaba acantonar las tropas entre el Llobregat y el campo de Tarragona para pasar el invierno. Pero el día 13 de agosto Castaños recibió el requerimiento de estar presto para entrar en Francia al primer aviso. Tomó de inmediato disposiciones para el avituallamiento, la financiación, el armamento y la coordinación con las autoridades, y partió hacia Barcelona el brigadier Campbell, «nombrado por el gobierno Inglés para darnos el subsidio concertado para este caso»³⁷. La orden de ponerse en movimiento llegó el día 15 de agosto.

Como buen profesional que era, Castaños «fixó su atención en la necesidad de mantener a toda costa la más severa disciplina y conosiendo que esta descansa en que el oficial y el soldado estén bien asistidos...» aceleró la llegada de fondos, avanzó una paga a los oficiales y ocho días de haber a la tropa. Concertó los movimientos para que la entrada en Francia se efectuase desde varios puntos a la vez —el Portús, Coll d'Ares, Puigcerdá— y diera una impresión marcial: «fuese simultánea y militar aunque pacífica.... Estas marchas militares, las mismas que siempre que sea posible combendría seguir en caso de una imbación, heran combenientes en la actualidad sin embargo de ser amistosa la entrada...». Así abarcaba más territorio, transmitía sensación de fuerza y podía actuar mejor en caso de descontento o resistencia.

El general partía del principio prudente de asegurar siempre la posición y movimientos de su ejército, «en el caso de que tarde ó temprano pudiese el descontento del País interrumpir la franca amistad que desiamos buscar y bosisferar». A tal efecto decidió la construcción de un *blocao* en Coll de Portell, en el mismo paso fronterizo, guarnecido por quinientos hombres, para contrarrestar si llegara el caso cualquier intención hostil de Bellegarde.

El día 21 de agosto, recién provisto de fondos, el ejército empezó a avanzar hacia la frontera. El motivo principal del movimiento era contener la mar-

³⁷ AHN, Estado, Leg. 5242/2, informe de Castaños sobre la expedición militar titulado «Exército de la Derecha ó de los Pirineos Orientales. Resumen histórico de las operaciones de este Exército desde que se encargó de él á mediados de junio de 1815 el capitán General Dn. Francisco Xavier Castaños hasta fin de Agosto del mismo año, en cuyo mes ocurrió la entrada en Francia, la ocupación momentanea del Rosellón y la buelta á España del mismo Exército», y fechado en Figueras a 1 de septiembre de 1815. Los párrafos que siguen se basan en este informe.

cha del segundo cuerpo de ejército austríaco que, procedente de Italia, se dirigía por la costa mediterránea hacia la Provenza y el Languedoc, con la intención evidente de llegar al Rosellón y la frontera española. Se envió al brigadier Dirnel para que contactara con el general Bianchi, el cual detuvo su marcha a la vista de la acción española. El comandante general francés de los Pirineos Orientales, Chabot, pidió explicaciones del movimiento a Castaños, se negó a permitirle el paso y aseguró que «se opondría con todas sus fuerzas, y pedía quince días de armisticio». Castaños siguió adelante y atravesó la frontera por el Coll de Portell el día 22 de agosto. Chabot, sin fuerzas para resistir, se prestó a colaborar.

El 23 las tropas llegaron a Ceret y el Boulou, habiendo dejado una guarnición en Coll de Portell. Desde el Boulou la caballería avanzó dos horas en dirección a Perpiñán, mientras el cuerpo principal del ejército contactaba con la brigada la entrada por Prats de Molló, que ocupó la línea del río Tech. Al día siguiente se presentó en el Boulou el prefecto de los Pirineos Orientales Mr. Desvilliers du Ferrages para tratar del abastecimiento de las tropas; se acordó que las subsistencias serían provistas por los mismos franceses, y se firmó un amplio convenio que englobaba también hospitales y transportes. A cambio, las tropas españolas respetaron escrupulosamente el país ocupado.

Ese mismo día 24 el prefecto Desvilliers publicó una proclama³⁸ anunciando a los habitantes del departamento que el «prestigioso» general Castaños había entrado con sus hombres en son de paz y de amistad, como aliado del soberano francés y para proteger cada uno de los pueblos. Compartiría con ellos las fiestas que se estaban celebrando, pero avisaba que debían pagar sin demora las contribuciones asignadas.

La brigada que había penetrado en Francia por Puigcerdá ocupaba Prades y enlazaba con una división colocada en Thuir y Millás. El ejército era «amo de las gargantas del Tet» y vigilaba los caminos procedentes del interior de Francia. Un regimiento de caballería situado en Perillá controlaba el único camino que comunicaba Perpiñán con el norte, y el resto de la caballería ligera estaba acantonada en Elna, «país de forrages»³⁹. El cuartel general se estableció en Ceret, único pueblo con puente de piedra sobre el río. «Para todos estos movimientos y situaciones se tuvo muy presente la campaña de 1793».

Se dejaron varios batallones de observación con almacenes en La Junquera, Figueras y Seo de Urgell. Las instrucciones eran no ocupar las fortificaciones —guardadas por escasos efectivos de la guardia nacional—, aunque fueron bloqueadas por el ejército español. El 25 de agosto, día de San Luis, se celebró en Perpiñán con salvas y una gran parada, a la que fueron invitados

³⁸ AHN, Estado, Leg. 5242/2, proclama de 24 agosto 1815.

³⁹ AHN, Estado, Leg. 5242/2, informe de Castaños sobre la expedición militar. Figueras, 1 septiembre 1815.

Castaños y su estado mayor: «No es posible dar idea de los obsequios y muestras de júbilo (y) de respeto que aquel día tributaron los habitantes de Perpignán al Ejército Español y a la Persona de su General en Gefes»⁴⁰. La gente estaba contenta por la disciplina ejemplar que observaban las tropas.

Pero ese mismo día 25, desde Burdeos, el duque de Angulema escribía a Castaños una carta amenazadora condenando la invasión del Rosellón con el argumento de que los habitantes del Midi eran perfectamente sumisos a Luis XVIII. Avisaba que acudiría a Perpiñán para ponerse al frente de la población y rechazar la entrada de los españoles. Tres días después, Diego de la Quadra comunicaba a Pedro Cevallos que el Consejo de Estado había tomado por unanimidad el acuerdo de pedir la retirada de las tropas españolas de territorio francés —si ya lo habían invadido—, atendida la negociación efectuada en París por el general Alava⁴¹. Castaños, sobre el terreno de operaciones, desconocía de momento los dos acontecimientos.

Al día siguiente, 29 de agosto, Fernando VII escribió una misiva a Luis XVIII en la cual todavía defendía la presencia de su ejército en territorio francés, aunque en un tono algo claudicante⁴². Era evidente la contradicción con la demanda del Consejo de Estado del día anterior. Fernando explicaba que sus tropas solo querían mantener la tranquilidad y favorecer la causa de Luis, ahora perturbada por las facciones. Alegaba el buen recibimiento dispensado por los habitantes a Castaños, y el hecho que el ejército austríaco no llegaría ahora a los Pirineos Orientales. Los suministros que la población debía proporcionar al ejército español, los habrían exigido igualmente los austríacos. Además, la disciplina observada por el ejército era una garantía de colaboración política y de respeto hacia los habitantes.

Fernando hacía hincapié en los acuerdos entre Castaños y Bianchi: «Después de un acuerdo tan formal entre los dos Generales solo resta que V.M. medite, si su deseo de que mis Ejércitos se retiren, puede ser compatible con la confianza á que tengo por tantos títulos derecho; y si su retirada para que otros ocupen su lugar puede admitir interpretaciones, tan ajenas de la política que anima la unión de los dos Gabinetes, como la sinceridad de mis intenciones». De todos modos, si Luis insistía en su petición de retirada de las tropas españolas, ésta «no tendrá más demora que la precisa para que me llegue la contextación de V.M.». Pero la carta llegaba tarde. La retirada ya la había decidido sobre el terreno Castaños el día anterior, en una tormentosa entrevis-

⁴⁰ AHN, Estado, Leg. 5242/2, informe de Castaños sobre la expedición militar. Figueras, 1 septiembre 1815.

⁴¹ AHN, Estado, Leg. 5242/2, cartas de Angulema y de Diego de la Quadra de 25 y 28 de agosto de 1815. Era evidente que en las negociaciones de París se había impuesto Luis XVIII sobre las pretensiones de intervención transmitidas por el general Alava.

⁴² AHN, Estado, Leg. 5242/2, carta de Fernando VII de 29 agosto 1815.

ta entre el general español y el duque de Angulema. Aparentemente, Castaños había obrado por su cuenta, aunque debió intuir lo que se cocía en las alturas.

En efecto, al conocer la invasión española del departamento de los Pirineos Orientales, el duque de Angulema había salido de Burdeos con dirección a Perpiñán con el ánimo muy irritado. El general Castaños todavía confiaba en convencer al duque de la bondad de su intervención en el Rosellón, especialmente por evitar la llegada de los austríacos. Pero Angulema se mostró intratable. El general Zayas le encontró cerca de Toulouse y no pudo persuadirlo de ninguna manera. El príncipe francés llegó a Perpiñán el 27 de agosto, abroncó a las autoridades locales por el buen recibimiento que habían dispensado a los españoles, y citó inmediatamente a Castaños.

Nada más entrar el general en su aposento, Angulema le exigió la retirada instantánea de las tropas españolas, «o de lo contrario quedaba declarada la guerra entre la Francia y España». Castaños quiso hacer entrar en razón al duque exponiendo que la operación quería afianzar el trono de Luis XVIII, que el monarca español no podría permitir en esta frontera otras tropas de una potencia extraña, y que el ultimátum del príncipe se dirigía contra un rey de su propia estirpe. Pero Angulema no quiso oír nada, y amenazó con una leva en masa. Castaños subió el tono y le recordó que sus tropas controlaban la región, que no temía ni tan siquiera el ejército del Loira, y que los habitantes preferían los españoles a los austríacos⁴³.

Entonces Angulema reiteró al general español la amenaza de declararle la guerra y redactó una nota en este sentido. Ante el aparente callejón sin salida, Castaños quiso ganar tiempo y propuso el envío de un expreso a Madrid, o la llegada de una respuesta explícita de Luis XVIII, lo que cosechó un nuevo y furibundo rechazo del príncipe francés. Castaños bajó el tono y meditó los efectos de un conflicto militar con Luis XVIII, con quien tenía instrucciones de cooperar. Además, sospechó que los aliados alentaban indirectamente un rompimiento entre los dos Borbones. En consecuencia, propuso acceder a la retirada de las tropas con ciertas condiciones: «que este asunto se mirara propiamente como asunto de familia sin que mediase, como exigía S.A., ningún convenio por escrito, ni entre Generales nombrados al efecto, ni más que un acuerdo verbal y amistoso entre S.A. y yo que conservaríamos el secreto».

El duque de Angulema adoptó entonces un aire amable y convidó al general a sentarse. Había ganado la partida. Aseguró que los austríacos no traspasarían el canal del Midi sin autorización del rey —caso que lo hicieran, el ejército español podría retomar el control de la región fronteriza—, y le mostró una misiva confidencial de Luis XVIII «en que le decía que se pudiese á la cabeza de quanto pudiese reunir, que rechazase la fuerza con la fuerza y

⁴³ AHN, Estado, Leg. 5242/2, informe de Castaños de 28 de agosto de 1815.

que en esto obraba de acuerdo con los demás Monarcas aliados á quienes había dado parte». Tras la tensa entrevista, Castaños redactó una breve nota diplomática de respuesta al duque⁴⁴, donde manifestaba que, «con el objeto de mantener escrupulosamente por mi parte las relaciones de amistad que reinan entre S.M. Luis 18 y S.M. Fernando 7º mi augusto amo, como de una misma familia, doy las órdenes convenientes para que las tropas del Ejército de mi mando ocupen de nuevo la línea de la frontera de España».

El mismo día el acuerdo fue comunicado a las autoridades locales. El prefecto publicó una nueva proclama⁴⁵ a sus administrados alabando la actuación diligente del duque, que había sabido resolver la situación sin violencia: «Le Héros du Midi en était encore l'Ange tutelaire; notre ciel s'est à peine obscurci que vous apparaissez au milieu de nous». Los habitantes se preparaban ya para hacer frente «à de pénibles sacrifices», y ahora tan solo deberán preocuparse de las fiestas. El ejército español es alabado por sus rectas intenciones y por su disciplina; «le Général Castaños et sa brave armée» solo han comparecido para dar ejemplo de virtudes militares y fidelidad a los príncipes legítimos.

Al día siguiente, 29 de agosto, el general español recibió sobre el terreno nuevas muestras de reconocimiento, pero se apresuró a justificar de nuevo al gobierno su importante decisión, tomada sin consulta previa a instancias superiores. Decía que, a pesar de su absoluta superioridad militar, le había movido a retirarse la sospecha que a los aliados «tal vez les convendría algun rompimiento entre España y Francia»; también alegaba que no había querido poner al rey Fernando —para salvar su «decoro»— ante el grave ultimátum de Angulema. Quiso tratar el asunto, con calma y franqueza, como una cuestión de familia, y quedó complacido cuando Angulema le dijo⁴⁶: «convento Sr. General, y os considero ahora como si fuérais mi Primo Fernando». Además, la escabrosa negociación no se haría pública y el honor español quedaría a salvo: «y que no habiéndose echo convenio por escrito, no existe documento alguno que pueda hacer conocer, ó constar el desagradable principio que tubo este negociado, que quedaría reservado entre los dos, como lo ha cumplido S.A.»

Desde el anuncio de su repliegue, Castaños fue tratado con la máxima consideración por el Duque de Angulema. El príncipe le invitó a comer a Perpiñán, y al día siguiente acudió a Ceret a compartir mesa con el general,

⁴⁴ AHN, Estado, Leg. 5242/2, informe de Castaños 28 agosto de 1815, ya citado.

⁴⁵ AHN, Estado, Leg. 5242/2, proclama del prefecto de 28 agosto 1815.

⁴⁶ AHN, Estado, Leg. 5242/2, cartas de Castaños al secretario de Estado y a Pedro Cevallos de 29 agosto 1815. Después de leer la carta confidencial de Luis XVIII a Angulema, que le presentó el duque, Castaños quedó convencido de que los aliados instaban al rey de Francia a que principiase las hostilidades contra España.

haciéndole partícipe de varias confidencias sobre la delicada situación interior de Francia. Además, asistió a un convite del colegio electoral de las comunas del Departamento. Todo ello en medio de las más altas pruebas públicas de consideración y de amistad. Antes de iniciar el movimiento de retirada, Castaños avanzó medio duro de paga a cada soldado⁴⁷. El mismo *maire* de Perpiñán se ofreció para sufragar el dispendio. El ejército español se retiró del departamento de los Pirineos Orientales con total orden entre el 29 y el 31 de agosto⁴⁸. Desde las diferentes localidades donde se hallaban —Ceret, Thuir, Argelès, Prades, Arles, Elna, Boulou—, las tropas se dirigieron a los puntos de destino: Figueras, La Junquera, Banyoles, Puigcerdà y Espolla. El duque de Angulema organizó a partir de entonces una legión departamental de voluntarios para impresionar a los españoles⁴⁹.

EPÍLOGO

En el primer día de septiembre de 1815, todo el ejército expedicionario se hallaba ya otra vez en territorio español, en el norte de Cataluña. Francisco Javier de Castaños, desde Figueras, comunicó las nuevas posiciones al gobierno y dio una orden general a las tropas alabando y agradeciendo la disciplina que habían mantenido en su reciente entrada en Francia. Mientras esperaba instrucciones y meditaba la redacción de nuevos informes militares, el general recibió los primeros indicios de aprobación de su conducta. El 3 de septiembre conoció el comunicado del rey⁵⁰, fechado cinco días antes, donde se le ordenaba «que evite á todo trance el rompimiento que de mi entrada en Francia pudiera resultar bien con la Casa de Austria, bien con la de S.M. Luis 18».

⁴⁷ AHN, Estado, Leg. 5242/2, cartas de Castaños al secretario de Estado y a Pedro Cevallos de 29 agosto 1815, ya citadas.

⁴⁸ AHN, Estado, Leg. 5242/2, informe de Castaños de 31 agosto 1815. Quentin Chazaud solo trata en un párrafo y en una breve nota la momentánea incursión española en Bayona y Perpiñán sin precisar fechas, y hace alusión de pasada a una cierta negociación entre Angulema y Castaños (QUENTIN CHAZAUD, 2007: 22 y 28). La extensa obra dirigida por A. de Lamartine no dedica casi ninguna atención a la ocupación española del Rosellón. Tan solo en la p. 255 escribe este breve párrafo —probablemente incorrecto en varios detalles— en el contexto de la invasión de Francia por los ejércitos aliados después de Waterloo: «Los mismos españoles se sintieron arrastrados de este impulso general, presentándose para intervenir en aquel inmenso banquete. Fernando VII reunió los pocos soldados que le quedaban en su esquilmado reino, componiendo dos reducidos ejércitos que penetraron en nuestro territorio por Navarra y por el Rosellón. Cerca de tres meses duraron estas invasiones, y todavía continuaron algunas en el mes de octubre». Otras diversas obras escritas en España tampoco se refieren al episodio pirenaico de 1815: BRENNECKE, 2010. RAMÍREZ DE VILLAURRUTIA, 1928. MENÉNDEZ PIDAL, 1983. PUGA, 2004.

⁴⁹ QUENTIN CHAZAUD, 2007: 28.

⁵⁰ AHN, Estado, Leg. 5242/2, documentos de Castaños de 1 y 3 septiembre 1815.

Aparentemente satisfecho, Castaños aseguró que con su entrada y posterior retirada había hecho más estrechas «en vez de romperse, las relaciones públicas y privadas con el Sr. Duque de Angulema y contenídose amistosamente la marcha de los Austriacos»⁵¹, con lo que se habían conseguido todos los objetivos. El día 5 de septiembre le llegaron las instrucciones que aguardaba, emanadas del Consejo de Estado y de Pedro Cevallos, y transmitidas por el coronel Santiago.

En las citadas instrucciones⁵², el gobierno español retornaba a la política de neutralidad estricta mantenida antes de Waterloo, precavida y timorata, dictada posiblemente por la debilidad de su posición y por las disensiones políticas que pervivían dentro del país. Comenzaban así: «La conducta que V.E. ha observado con el Sr. Duque de Angulema, es propia de su prudencia, y la más política que permitían las circunstancias á que la fuerte é irrevocable decisión de S.A. le redujo. El Rey la ha aprobado». Convenía tener en cuenta el aspecto global de la inestable situación interior de Francia; si Castaños establecía relaciones con el general austriaco Bianchi, «huya de comprometerse». La retirada de las tropas españolas, tal como se había verificado, comportaba importantes ventajas, especialmente la libertad de movimientos que dejaba a España, que ahora podía atender a sus propios intereses y no se veía obligada a comprometerse con nadie.

El objetivo era «consolidar una neutralidad perfecta armada, tanto mas segura y apreciable quanto nosotros no la hemos buscado, y por el contrario se nos ha puesto en la necesidad de no poder tomar otro carácter». En las instrucciones se observa el resentimiento por la política con España seguida por los Borbones franceses. Cevallos piensa que las turbulencias internas pueden obligar al gobierno galo a pedir más adelante la ayuda española, pero entonces «de ninguna manera debe accederse á ello». El ejército deberá mantener una «actitud pasiva» y totalmente «neutral» aunque Bianchi se apodere de las fortalezas de la frontera pirenaica. España ya no estará obligada a nada, «por la resistencia que se ha hecho á la entrada de nuestras tropas, y por la precisión con que se las ha obligado á salir».

La acritud contra Luis XVIII y Angulema también se percibía en el Consejo de Estado. Era conveniente que la orgullosa Francia acotara la cabeza: «es cierto que la España ha vivido en paz con la Francia desde que la dinastía de Borbón reina en los dos estados; pero también lo es que la Francia ha querido siempre exercitar un espíritu de tutela sobre la España... Para cortar esta tutela vergonzosa es preciso que la España mantenga la mejor inteligencia con las Potencias rivales de la Francia, no para entrar en sus guerras, sino para

⁵¹ AHN, Estado, Leg. 5242/2, carta de Castaños de 3 septiembre 1815.

⁵² AHN, Estado, Leg. 5242/2, instrucciones de 5 septiembre 1815.

que la Francia nos trate como corresponde». Insinuaba que para este objetivo se podía explorar un estrechamiento de las relaciones con Austria.

El Consejo recomendaba a Fernando VII una «neutralidad vigilante y armada»⁵³. España debía gozar de la paz y fortalecerse, evitando a toda costa inmiscuirse en los conflictos del continente. Creía que las semillas de un «rompimiento» estaban sembradas, fuera entre los mismos franceses o entre este país y los aliados, y convenía mantenerse al margen. Haciendo de la necesidad virtud, el Consejo indicaba que la posición neutral era ventajosa «porque puede poner la balanza de la Europa en las manos de S.M. y hacerla inclinar á la parte donde cargue el peso de su favor, lo que constituye el estado de reputación mas brillante á que puede llegar una Nación». Además, convenía ser prudente «toda vez que el fuego de los partidos no esta extinguido en España, como por desgracia lloramos».

Es probable que el general Castaños tuviera a nivel personal una posición más beligerante y activa en este contencioso. Sofocados por su prudencia y la obediencia debida al gobierno, en algunos de sus escritos asoman pensamientos y recomendaciones en la línea de un mayor intervencionismo sobre Francia para aprovechar la ocasión que se abría entonces con la ocupación aliada del estado galo. Él había dirigido las negociaciones directas con el duque de Angulema y al final había hecho caso omiso a las enérgicas declamaciones del duque contra la entrada de tropas españolas en el Rosellón, confiando en que el príncipe borbónico acabaría aceptando los hechos consumados.

No había sido así, y Castaños había perdido el pulso con Angulema en el tenso encuentro del 28 de agosto en Perpiñán. Pero cabe suponer que el general español retiró las tropas de territorio galo más por efecto de las instrucciones recibidas del rey Fernando —evitar a toda costa un rompimiento con la Corona francesa—, y por su conocimiento de la tímida e inefectiva política exterior del gobierno español, que por las amenazas de movilización del duque.

Ahora, consumada la retirada y conocidas las instrucciones del gobierno, Castaños redactó el 11 de septiembre de 1815 dos memorias reservadas sobre las fortalezas fronterizas francesas de Mont-Louis y de Bellegarde⁵⁴. En ellas destacaba la importancia de Mont-Louis, situada en la cabecera del río Tet y cercana a Puigcerdà: «Quantas operaciones emprendamos nosotros en este País han de tropezar con dicho río....Mont-Louis es la llave estratégica de todo el país que le rodea». Además, el origen del Tet se corresponde por el lado español con el del Segre, el cual traza una amplia avenida que se interna en Cataluña por Seo de Urgell; un camino que era necesario defender. «En un

⁵³ AHN, Estado, Leg. 5242/2, instrucciones de 5 septiembre 1815.

⁵⁴ AHN, Estado, Leg. 5242/2. Memorias reservadas del general Castaños, 11 septiembre 1815: «Memoria acerca de la influencia de la Plaza de Mont-Louis en la frontera de Francia», y «Memoria acerca de la influencia de la Plaza de Bellegarde en la frontera de Francia».

tratado de paz en que la España dictase la ley ó en que pudiese hacer valer el principio a que una Potencia menos fuerte debe tener más plazas para que resulte el equilibrio apetecido, debería tratar de adquirir á Mont-Luis, cuya posesión sería ventajosísima».

Pero la verdadera joya era Bellegarde. Con la vista puesta en las negociaciones diplomáticas que se habían desarrollado hasta entonces en Viena, y que debían seguir en el futuro para estabilizar la cuestión francesa, el general Castaños dejaba claro que España debería aprovechar la ocasión. Partía del principio del equilibrio de fuerzas entre dos estados. Si uno era más débil por su población, su economía o su situación fronteriza, debía fortificarse más. En el caso de Bellegarde no se cumplía este principio: la poderosa Francia tenía además una evidente superioridad militar con la posesión de esta fortaleza, que controlaba el único paso practicable hacia el Rosellón, «ventajosamente situada con una ostentosa superioridad sobre todo el Pirineo y el llano del Ampurdán».

A pesar de la bella plaza de Figueras, «de las mejores de Europa», la posesión de Bellegarde permitía a los franceses «invadir, cómo y cuándo quieran la mayor parte del Ampurdán», y retirarse con seguridad si era preciso. Para Castaños era imprescindible aprovechar la presente situación, que «trueca en débil al fuerte», para intentar destruir la superioridad francesa. Proponía al gobierno varias alternativas sobre Bellegarde: ocuparla, conseguir su demolición, o hacer pagar a los franceses para conservarla en su poder. En este último caso, con el numerario que se ingresara podría construirse una fortificación española en el vecino Coll de Portell con el objetivo de neutralizar el bastión galo.

El general concluía⁵⁵: «A todo es preferible la posesión de Bellegarde. De este modo caería la balanza á nuestro favor, en igual grado que aora cae al de los franceses.... urge mucho aprovechar la presente ocasión pasajera para restablecer el equilibrio debido en nuestra frontera perdido hoy de un modo extraño é indecoroso».

Pero la política exterior española no llegaría a realizar el sueño del general Castaños. La debilidad del país se había acrecentado en los últimos años del Setecientos y especialmente durante la Guerra de la Independencia. Fruto de la misma había sido el progresivo aumento de la insurrección americana contra la metrópoli, pero también el fracaso hispánico en el Congreso de Viena. El plenipotenciario enviado por Fernando VII al Congreso, Pedro Gómez Labrador, de carácter rudo y algo colérico, quiso demostrar que el decaimiento español pertenecía al pasado y consiguió firmar un tratado propio con Francia el 20 de julio de 1814⁵⁶. Pero fue un éxito pírrico.

⁵⁵ AHN, Estado, Leg. 5242/2. Memorias reservadas, 11 septiembre 1815, ya citadas.

⁵⁶ BRENNECKE, 2010: 31.

Las principales reivindicaciones planteadas en Viena por el gobierno español —retorno de Nápoles al legítimo Fernando IV, de los Estados Pontificios al Papa, de la Luisiana a España, y sobretodo de los condados italianos de Parma, Piacenza y Guastalla a María Luisa de Parma, hermana de Fernando VII— fueron ignoradas y tratadas después bilateralmente entre Francia y Austria. España carecía de posibilidades reales de influir, a pesar de las notas enviadas por Gómez Labrador a Metternich.

Vista la marginación en la que se encontraba, el gobierno español quiso alinearse en las negociaciones con otro país «secundario», Francia; pero mientras Talleyrand conseguía ser escuchado por las potencias europeas, España no obtenía audiencia ni conseguía marcar perfil propio. Las instrucciones dadas a Gómez Labrador de abstenerse de cualquier posición sobre el espinoso tema polaco, para no desagradar a nadie, le hicieron perder la posibilidad de constituirse, junto a Francia, en el fiel de la balanza. La política exterior española se caracterizaba por el desinterés y la falta de dirección⁵⁷.

La entente inicial con Francia fue puesta en peligro por el incidente diplomático acaecido a raíz del pronunciamiento de Espoz y Mina en Pamplona, y su huida a París⁵⁸. Las relaciones diplomáticas con Francia se cortaron durante algunos meses. Cuando se reanudaron, la monarquía francesa ya no tenía necesidad de la colaboración española. España se encontró casi completamente aislada en el Congreso. El regreso de Napoleón desde Elba en marzo de 1815 brindó nuevas oportunidades de cooperación entre los aliados, pero el gobierno de Fernando VII demostró su incapacidad y falta de voluntad de participar en la defensa de Europa, cosa que confirmó el papel secundario de España en el continente. A principios de junio de 1815 el plenipotenciario español en Viena se negó a firmar el Tratado⁵⁹, que no recogía ninguna de las peticiones españolas.

Después de Waterloo, el centro político europeo se desplazó de Viena a París. Aquí acudió Gómez Labrador, donde tampoco ni él ni el general Alava tuvieron capacidad de influencia. La muestra más clara de ello fue la falta de cobertura política aportada a la invasión española del departamento de los Pirineos Orientales relatada en las páginas anteriores. Los aliados realizaron negociaciones secretas con el objetivo de tomar medidas contra Francia, que culminaron en el segundo tratado de París de 20 de noviembre de 1815: ocupación de parte del territorio galo por un período de tres a siete años, leves

⁵⁷ BRENNECKE, 2010: 39.

⁵⁸ BRENNECKE, 2010: 39. Espoz y Mina fue detenido en París por orden del mismo embajador español. Este acto hizo enfadar extraordinariamente al gobierno francés, que expulsó al embajador y liberó a Espoz. Una actuación legítima y quizás algo altanera respecto al vecino del sur, que se repetiría a raíz de la ocupación del Rosellón por tropas españolas en 1815.

⁵⁹ MENÉNDEZ PIDAL, 1983: 562 y ss.

modificaciones fronterizas y ochocientos millones de indemnización⁶⁰. Gómez Labrador obtuvo cinco millones de indemnización y siete millones y medio para reparación de fortalezas.

El balance para España fue escaso. No obtuvo sus peticiones sobre los territorios italianos y menos la Luisiana. Tampoco fue tomada en consideración por ninguna de las potencias europeas. Los ingleses solo estaban interesados en la creación de un sistema de equilibrios en el continente, y aquí la monarquía de España no tenía influencia una vez descartada la reedición de los Pactos de Familia con los Borbones galos. Metternich rechazó sin contemplaciones las pretensiones de Gómez Labrador sobre Italia; usó una táctica dilatoria y el silencio, y acabó negociando directamente con Luis XVIII⁶¹. Francia asumió de nuevo un cierto «espíritu de tutela» sobre España —tal como señalaban los miembros del Consejo de Estado—, combinado con alguna dosis de desdén.

El fracaso de la intervención del ejército español en el departamento de los Pirineos Orientales simboliza de hecho la pérdida de peso internacional del país en los albores de la época contemporánea. Castaños no vería realizados sus deseos de ganancias fronterizas. Nadie en Europa —ni siquiera Francia— tendría consideración por los terribles sacrificios aportados por España a raíz de la invasión napoleónica. Y en adelante las preocupaciones de los españoles y de sus gobiernos se volcarían hacia el interior de un estado donde todo estaría en discusión permanente. Éstas serían algunas de las profundas secuelas dejadas por la Guerra de la Independencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Brennecke, Christiana, *¿De ejemplo a mancha de Europa? La Guerra de Independencia española y sus efectos sobre la imagen oficial de España durante el Congreso de Viena (1814-1815)*, Madrid, CSIC y Ediciones Doce Calles, 2010.
- Brunet, Michel, *Le Roussillon, une société contre l'état (1780-1820)*, Perpinyà, Ed. El Trabucaire, 1990.
- Castaños, Francisco Javier, *Instrucción provisional para el servicio del Estado Mayor General y Divisionario en el Ejército de los Pirineos Orientales, fundada en lo que previene S.M. en sus reales ordenanzas...*, Barcelona, Imp. Antonio Brusi, 1815.
- Chazaud, Quentin, *Survivre à la défaite : Défendre la France après Waterloo (1815-1820). L'exemple de la frontière des Pyrénées-Orientales*, Paris, Cahier du Centre d'Études d'Histoire de la Défense N° 31, 2007.

⁶⁰ MENÉNDEZ PIDAL, 1983: 562 y ss.

⁶¹ BRENECKE, 2010: 63 y 87-90. Como los británicos, los austríacos veían en España a un gobierno débil y a una clase dirigente envuelta en todo tipo de querellas internas y caracterizada sobretodo por su incapacidad.

- Esdaile, Charles, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2004.
- Fontana, Josep y Garrabou, Ramón, *Guerra y Hacienda. La hacienda del gobierno central en los años de la guerra de la Independencia (1808-1814)*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986.
- Fontana, Josep, *La quiebra de la Monarquía Absoluta (1814-1820)*, Barcelona, Ariel, 1971.
- Lamartine, Alphonse de. *Historia de la Restauración*, Tomo III de la Historia General de Francia, Madrid, Librería Española, 1854, pp. 143 y ss.
- La Parra López, Emilio (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Casa de Velázquez / Universidad de Alicante, 2010.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Historia de España*, vol. XXXII, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
- Moliner Prada, Antoni, *Catalunya contra Napoleó*, Lleida, Pagès Editors, 2007.
- Puga, María Teresa, *Fernando VII*, Ariel, Barcelona, 2004.
- Ramírez de Villaurrutia, Wenceslao, *España en el Congreso de Viena según la correspondencia oficial de D. Pedro Gómez Labrador, Marqués de Labrador*, Madrid, Francisco Beltrán Librería Española y Extranjera, 1928.
- Ramisa Verdaguer, Maties, *Polítics i militars a la Guerra del Francès, 1808-1814*, Lérida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 2008.
- Tulard, Jean, *Dictionnaire Napoléon*, Paris, Fayard, 1989.

Recibido: 27/06/2013

Aceptado: 10/11/2013